

de esta ciudad encantada parecen preocupados de buscar por encima de todo su bienestar; pero no lo ponen ellos donde nosotros lo ponemos: en este punto, cada siglo tiene sus opiniones y preferencias, y hay también su moda para la manera de ser feliz, como para lo demás. Si nos dejamos dominar demasiado por esa tiranía del hábito, que no nos permite creer que sea posible vivir de otro mo-



Tablillas de pagos, encontradas en Pompeya en 1875 (1)

do que como nosotros vivimos, las casas de Pompeya nos parecerían acaso pequeñas é incómodas; pero si olvidamos momentáneamente nuestros usos é ideas, si procuramos hacernos romanos mentalmente, encontraremos, que los que las habitaban las tenían muy bien hechas para sí y

(1) El 3 de julio de 1875 se descubrieron en la casa de L. C. Yucundo muchos centenares de tablillas de madera que hablan sido depositadas en un arca conservada en parte y están enteramente carbonizadas. En otro tiempo estaban reunidas de dos en dos ó de tres en tres por medio de unos cordones que pasaban por dos agujeros abiertos en la parte superior de las tablillas. Las dos caras exteriores son

muy adecuadas á todos sus gustos y necesidades. Es muy difícil hoy en nuestras ciudades, aun entre los ricos, habitar exclusivamente una casa: los más se alojan en casas en que viven muchos otros; y su alojamiento se compone de una serie de aposentos amplios, ventilados, con grandes ventanas que dan á calles ó plazas. En Pompeya no hay nada de esto. El número de las casas habitadas por una sola familia es allí muy considerable y las habitaciones principales están en la planta baja (2). Los más ricos se construyen una casa situada entre cuatro calles, ocupando, como se decía, toda una isla. Si eran económicos distraían de este amplio espacio algunas parcelas, donde hacían tiendas que alquilaban luego á buen precio.

»Mientras entre nosotros se reserva la fachada ó parte anterior de la casa para los mejores aposentos, en Pompeya, al contrario, se abandonaban al comercio, ó bien quedaba la pared cerrada ó sin cosa de abertura: toda la casa, en vez de mirar á la calle, se volvía, por decirlo así, hacia adentro, sin comunicarse con el exterior, sino por la puerta de entrada, rigorosamente cerrada y muy bien guardada: pocas ventanas y sólo en los pisos superiores; se quería vivir en familia, lejos de los indiferentes y de los extraños. Hoy, lo que llamamos vida doméstica pertenece mucho al público: el público entra fácilmente entre nosotros, y cuando no viene á nosotros, nosotros queremos verlo desde nuestras ventanas abiertas. Entre los antiguos, la vida privada era verdaderamente más solitaria que entre nosotros. El amo de la casa no tenía nada que ver en la calle; sobre todo, no quería que desde la calle se mirara á su casa.

»En su casa misma había divisiones y distinciones. La parte en que recibía á los extraños, no era la reservada para la vida íntima, para la vida de familia, en cuyo santuario no se penetraba fácilmente, separado como estaba de lo demás por los corredores, cerrado por puertas ó tapices y guardado por los sirvientes. El dueño de la casa recibía cuando le agradaba, y cuando le placía se encerraba en su casa. Y si algún cliente tenaz y enfadoso lo esperaba á la salida en el vestíbulo, tenía para escaparse una puerta trasera ó excusada, *posticum*, el postigo.

»A los que encuentran los aposentos de las casas pompeyanas demasiado pequeños les hemos contestado ya que los habitantes pasaban gran parte del día fuera de su casa, bajo los pórticos del foro ó de los teatros. Hay que añadir, que si los aposentos no eran grandes, en cambio eran numerosos. El romano hacía uso de su casa, como de sus esclavos, y tenía aposentos distintos para todos los incidentes del día, como tenía sirvientes para todas las necesidades de la vida.

Cada pieza, en su casa, estaba hecha exactamente para el uso á que se destinaba: no se contentaba, como

lisas; las superficies interiores, ligeramente rebajadas y garantidas del roce por un reborde ó marco saliente, estaban bañadas de cera, en cuya capa se grababan las letras con un punzón. Casi todas estas tablillas se refieren á compras que Yucundo hacía en calidad de comisionista y contienen cartas de pago, recibos, etc. (Pressuhn, *Casa de L. Yucundo*, núms. 4 y 5).

(2) Los pisos superiores debían de reservarse para usos secundarios, según lo hace comprender la estrecha y rápida escalera, que en nada se parece á la de las casas modernas.

nosotros, con un solo comedor; los tenía de varias dimensiones y cambiaba de ellos según la estación y según el número de los convidados. La alcoba ó pieza en que dormía la siesta y el dormitorio de la noche eran muy pequeños y no recibían luz ni aire sino por la misma puerta, lo cual no es un inconveniente en el Mediodía, donde la oscuridad da cierto fresco. Por lo demás, tampoco se detenía en estos aposentos sino el tiempo preciso para dormir. Para el resto del tiempo tenía un patio cerrado ó casi cerrado, que llamaban *atrio*, y otro abierto llamado *peristilo*.

»En estas piezas permanecía con preferencia, cuando estaba en su casa. En ellas se encontraba con su mujer y sus hijos, pero á la vista de sus sirvientes y á veces en su sociedad. A pesar de su amor al retiro y al aislamiento, de que hemos hablado, no evitaba la compañía de ellos, porque la familia antigua era más extensa que la nuestra, comprendiendo en grado inferior el esclavo y el liberto, de modo que el amo, viviendo con ellos, se creía estar entre los suyos.

»Aquellos patios cubiertos ó cerrados, en que la familia pasaba la vida, se encuentran en todas las casas pompeyanas sin excepción, y eran indispensables para dar luz á lo demás de la casa. Así, aun entre los menos acomodados, se tenía especial gusto en adornarlos, á veces con profusión. Si el terreno lo permitía se plantaban arbustos y flores. Los moralistas y los hombres de mundo se burlaban de estos jardines en miniatura entre cuatro paredes, porque ellos tenían villas magníficas con grandes árboles y emparrados bellísimos sostenidos por elegantes columnas.

»Cada cual hace lo que puede, y confieso que yo no podría ser severo con aquellas pobres gentes que querían de cualquier modo tener á la vista el alegre verdor de algunas plantas; ni menos he de vituperar su amor á aquellos diminutos arroyuelos que llamaban *composamente euripes* y á aquellas grutas de rocalla y conchas, que no eran más que pretenciosas bagatelas. Lo que los disculpa es que este raro gusto ha sido común entre la gente acomodada de todos los tiempos y países. Las de Pompeya á lo menos se aventajan mucho á las demás en las precauciones que tomaban para que sus ojos no se pusieran nunca en objetos desagradables. Poseían bellos mosaicos, estucos brillantes, é incrustaciones de mármol, en que reposaban la vista de buen grado. El fatigoso esplendor de las piedras blancas desaparece templado con matices agradables. Las paredes están pintadas de gris ó de negro, y las columnas de amarillo ó de rojo. A lo largo de las cornisas corren graciosos arabescos, compuestos de flores entrelazadas en que suelen mezclarse pájaros que no han existido, y paisajes que en ninguna parte se han visto. Estas fantasías sin significación halagan la vista sin ejercitar el espíritu. A veces en un tablero más vasto, una escena mitológica, pintada á la ligera y sin pretensiones, recordaba al amo de la casa una obra maestra del arte antiguo y le hacía gozar con el recuerdo. Otras veces era bastante dichoso para poseer una imitación en bronce de alguna de las mejores obras de los escultores griegos, un sátiro bailando, un atleta combatiendo, un dios, una diosa, un tañedor de cítara, etc. (1). Sabía su precio y comprendía su belleza, y por eso lo colocó sobre un zócalo en el atrio ó en el peristilo, para saludarlo con

(1) De Pompeya y de Herculano, es decir de dos ciudades de segundo orden, provienen los bellos bronce del Museo de Nápoles, que causan la admiración de los extranjeros. A buen seguro que entre los burgueses de nuestras ciudades de provincia no se encontraría nada semejante. Hay que añadir que lo más bello que había en Pompeya no ha permanecido. Se sabe que los habitantes que huyeron, volvieron después del desastre á hacer excavaciones y se llevaron los objetos

una mirada siempre que entraba ó salía. ¡Cuán felices eran los ricos pompeyanos! Sabían embellecer la vida con todos los gustos y comodidades del bienestar, levantarla con sus puros goces de las artes, y hasta creo que muchos personajes de nuestras grandes ciudades estarían tentados á envidiar la suerte de los oscuros ciudadanos de este pequeño municipio.»

## II. — DOMICIANO (81-96).

### BUENA ADMINISTRACIÓN DE LOS PRIMEROS AÑOS.

La juventud de Domiciano (2) había sido digna del tiempo de Nerón, y el joven príncipe fatigó con sus intrigas á su padre y á su hermano. Sin embargo, era sobrio, tanto que sólo hacía una comida diaria (3); tenía afición á los ejercicios militares (4), al estudio y á la poesía, sobre todo desde el encubramiento de su familia. Vespasiano le había concedido honores, pero no facultades, y á la muerte de Tito, sólo tenía los títulos de César y de príncipe de la juventud.

En su ansiedad por apoderarse, en fin, de aquel tan codiciado imperio, abandonó á su hermano moribundo y corrió á Roma al campamento de los pretorianos. Un donativo y la predisposición de los romanos á aceptar el derecho hereditario siempre que se producía, le aseguraron una sumisión que nadie, por otra parte, estaba en ánimo ni en aptitud de disputarle.

Hay pocos príncipes malos el día de su coronación: casi todos empiezan bien, y en las monarquías despóticas, casi todos acaban mal, sobre todo si los reinados se prolongan. Nerón, si se olvida la muerte de Británico, fué un buen emperador los cinco primeros años; pero la pendiente del poder absoluto es deslizadiza con un precipicio al extremo; y las pasiones, si no se dominan, y las adversas circunstancias, como no se venzan, arrastran á la larga á ese abismo. Domiciano reinó quince años, uno más que Nerón, y su reinado reprodujo la misma historia: al principio un gobierno prudente, y después todos los excesos; sino que sus excesos se retardaron más: su *quinquenio* duró trece años.

Las dos tiranías difieren aun de otra manera: la una tuvo apariencias brillantes y á veces festivas; la otra á pesar del esplendor de sus fiestas fué triste y sombría. Nerón calvo (5) vivió como Tiberio había acabado. Tan vanidoso como el hijo de Agripina, Domiciano acumuló sobre su cabeza todos los títulos y se concedió á sí mismo la apoteosis. Sus edictos decían: «Nuestro señor y nuestro dios ordena...» (6)

El nuevo dios no desdeñó vulgares honores. Después de una expedición sin gloria, tomó veinticuatro lictores y el derecho de asistir al senado en traje triunfal (7). Fué con-

más preciosos. Por consiguiente, no tenemos hoy más que lo que no pudieron encontrar ó despreciaron por insignificante (Boissier, *Pro-menedes archéol.* p. 314-318).

(2) Tito Flavio Domiciano nació en Roma el 23 de octubre del año 51.

(3) Antes y después de esta única comida, dice Suetonio, sólo tomaba una fruta y un vaso de licor. Daba sin embargo banquetes magníficos, pero no toleraba ningún exceso y hacía quitar la mesa antes de ponerse el sol.

(4) Era tan híbil en el arco que hacía pasar una flecha entre los de los abiertos de un esclavo, y clavaba dos figurando cuernos en la cabeza de un animal corriendo. Plinio (*Hist. nat. in proam.*) y Quint. celebran sus versos. Suetonio dice que ya emperador dejó de hacerlos.

(5) Juvenal, *Sat.* IV, 38.

(6) Calígula se había llamado ya dios, y antes de Domiciano se decía, hablando del emperador: *Dominus noster* (Lab. *Marm. antich. bresciani*, p. 96, núm. 4).

(7) Marcial y Estacio lo llaman *Dácico*, pero este sobrenombre no se encuentra en las monedas.

sul diez y siete veces, y se hizo proclamar imperator hasta veintidós, por victorias que á veces no se habían ganado. Recordaba también á Nerón en su afición á los espectáculos y á las construcciones; restableció los juegos neronianos; dió naumaquias ó simulacros de combates navales en que figuraban flotas enteras; celebró los juegos seculares, bien que apenas se hubieran pasado cuarenta y un años desde los celebrados por Claudio. En un solo día se vieron cien carreras, de cuatro cuadrigas cada una, que daba cinco vueltas al hipódromo. Para sostener su fatigada atención y hacer más vivo el empeño, atrayendo más espectadores, aña-

dió á las cuatro facciones ó colores del Circo, que eran el verde, el azul, el rojo y el blanco, dos colores más, el amarillo y el violado, *aurata et purpura*. Hasta se vieron en el estadio carreras de mujeres.

Hacia mucho tiempo que los cuestores habían abolido el uso ruinoso de dar combates de gladiadores al entrar en el ejercicio de su cargo: Domiciano los obligó á restablecer la olvidada costumbre y no dejó nunca de asistir á todos estos espectáculos. Marcial lo elogia por haber restablecido las luchas menos peligrosas del pugilato.

Distribuyó al pueblo tres congiarios, cada uno de 300 ses-



Julia, hija de Tito (2)

tercios por individuo, y un día le sirvió un gran festín. Muchas veces hizo arrojar á los espectadores presentes de todas clases, que los caballeros y aun los senadores se disputaban tan ávidamente, como los desarrapados plebeyos; y el hijo del chalán de la Sabinia se complacía viendo al pueblo romano, á sus pontífices y consulares, á sus caballeros y pretorianos, rodando á sus pies en el polvo por arrancarse la limosna del amo y señor.

Tito no había podido reparar todos los estragos del último incendio: Domiciano ensanchó muchas calles, levantó los monumentos caídos y edificó muchos otros con más magnificencia que gusto. Solamente los dorados del Capitolio, al decir de Plutarco, le costaron más de 12,000 talentos (cerca de 280 millones de reales) «más que vale todo el Olimpo», añade Marcial. Menos irreverentes que el poeta, diremos que el verdadero arte no necesita esos fastuosos adornos. El palacio que se construyó en el Palatino superó en magnificencia á todo lo que Roma había visto hasta entonces.

(1) Busto de la galería de los Oficios.

La dirección dada por Vespasiano á la administración imperial continuó sin embargo. Domiciano administró justicia con celo, y concedió muy á menudo audiencias extraordinarias en su tribunal del Foro. Examinando con detención los juicios de que se apelaba, anuló muchas sentencias de los centurviro dictadas por el favor, notó de infamia á los jueces corrompidos y desterró á los delatores que habían acusado á los inocentes. La policía de las costumbres se había hecho severamente en la antigua república y mucho tiempo con buen éxito: algunos emperadores la continuaron hallando en ello la doble ventaja de desempeñar el papel de personaje austero, sin abandonar sus vicios secretos, y alcanzar con las leyes morales á los que no estaban al alcance de las leyes políticas.

Domiciano es, después de Augusto, el príncipe que se mostró más severo en la cuestión de orden público. Tomó el título de censor perpetuo y mantuvo con rigor la distinción de los órdenes en las solemnidades: un día entregó á su patrono un esclavo, que había entrado fraudulentamente en el ejército, donde llegó al grado de centurión. Persiguió á los autores de libelos; expulsó del senado á

un antiguo cuestor, por apasionado á la pantomima, é hizo dos cosas muy desagradables al populacho, pero la una muy moral, y la otra muy necesaria: suprimió las escandalosas representaciones públicas de los mimos, que hacían las delicias de la plebe, y los puestos ó tiendas ambulantes que embarazaban las calles y servían para ganarse la vida los miserables. Un liberto del palacio había elevado á su hijo un monumento con piedras destinadas al Capitolio, y el príncipe hizo derribar el monumento como sacrilego.

Pero sus costumbres no eran las propias de un censor; sedujo á la hija de su hermano, Julia, y la *nueva Juno*, como la llamaban los griegos, hubo de perecer al procurar que desapareciera la prueba de un comercio culpable. Mas si para sí mismo tuvo indulgencia, no la tuvo para los demás. Vespasiano y Tito habían echado un velo sobre la liviana conducta de las sacerdotisas de Vesta: Domiciano no quiso prolongar la tolerancia y las castigó cruelmente; tres de ellas recibieron orden de darse la muerte y la gran vestal Cornelia fué enterrada viva, según la antigua costumbre. Cuando los pontífices fueron á sacarla del templo para conducirla al suplicio, levantó las manos al cielo, invocó á Vesta y á las demás divinidades y en todo el camino no cesó de repetir: «¡Cómo! ¡César me declara incestuosa, á mí que le he hecho triunfar con mis sacrificios!» Al descender al fatal subterráneo, hubo de en gancharse el velo en un peldaño de la escala y prestándose el verdugo á desengancharlo, rehusó ella con horror su ayuda, como si el solo contacto de aquella mano hubiera de mancillar su virginal pureza. Un caballero romano, cómplice suyo, pereció bajo las varas de los lictores en el Comicio, y otro del orden senatorial fué desterrado.

Estos crueles castigos llenaron de espanto la ciudad, y Estacio es veraz esta vez, cuando describiendo la estatua colosal de Domiciano muestra sus ojos de bronce fijos en el templo de Vesta como para cerciorarse de que el fuego troyano arde sin cesar en el fondo del silencioso santuario y de que la diosa se complace, en fin, de la virtud de sus sacerdotisas.

La ley *Scantinia*, sobre un vicio vergonzoso, fué severamente aplicada aun á caballeros y senadores. Un miembro del orden ecuestre volvió á tomar á su mujer, después de haberla repudiado por causa de adulterio: Domiciano lo eliminó de la lista de los jueces. Las mujeres que se habían deshonrado perdieron el derecho de ir en litera y hasta el de recoger legados y sucesiones. La moda oriental de los eunucos se iba extendiendo en Roma, y procuró destruirla en bien de la moral pública y de la buena administración que aquellos hombres comprometían (1). Procuró también, como Augusto, dificultar las manumisiones; y en fin, para estrechar el antiguo lazo de la clientela, suprimió la *sportula*, pagada por los patronos en dinero, 25 ases, y restableció el uso de las comidas comunes, *cena recte*. El rey, como se llamaba al patrono, sentó de nuevo á su mesa al cliente, pero á comer las sobras, mientras él comía opíparamente.

Vespasiano había comenzado la guerra contra los hábitos afeminados y las malas costumbres: Domiciano la continuó con energía; por eso Quintiliano lo llama *santísimo censor*. Sobre el epíteto; pero la censura fué rigurosa, sin condescuir, por supuesto, devolver, como supone Marcial, «los templos á los dioses y las costumbres al pueblo, ó á obligar al pudor á volver á las familias.» Leed al mismo poeta y veréis la eficacia de tales leyes. No podría decirse tampoco

(1) Prohibió la emasculación (Dion, LVII, 2; Marcial, *Epig.* IX, VII y VIII).

que estas reformas hubieran sido absolutamente inútiles; y cuando encontremos en Roma una honesta sociedad, nos acordaremos de las severidades de Vespasiano y de su hijo.

La escasa agricultura que había aún en Italia era principalmente vinícola: Domiciano prohibió plantar más viñas, á fin de favorecer el cultivo del trigo, y para aumentar el precio de los vinos de la península mandó que se arrancara en las provincias la mitad de las antiguas cepas; pernicioso medida que no se ejecutó al fin. Su padre y su hermano habían llevado la inquietud entre los colonos, reivindicando en provecho del fisco las tierras baldías de las colonias: Domiciano las dejó en poder de los antiguos poseedores, concediéndoles el beneficio de la prescripción. «De este modo, dice un antiguo escritor, libró de temores á toda Italia»

En los primeros tiempos se mostró desprendido y nada codicioso rehusando los legados de los que habían dejado hijos; libró de todo procedimiento judicial á los deudores del tesoro, á contar de cinco años atrás, y á fin de reprimir el interesado celo de los denunciadores por derechos del fisco, los condenaba á destierro cuando perdían el litigio. «El príncipe que no castiga á los delatores, decía, les da aliento.»

Aumentó en un tercio la paga del ejército, medida que exigía el encarecimiento de todos los artículos necesarios á la vida desde el tiempo de César. El dictador había fijado su sueldo anual en nueve monedas de oro, y así siguió hasta Domiciano, que lo hizo llegar á doce (2). Para prevenir las sediciones, prohibió reunir dos legiones en un mismo campamento y recibir en las arcas militares por economías del soldado más de mil sestercios por plaza (3). Quiso también reducir el ejército para reducir los gastos, pero se lo impidió el temor de los bárbaros.

También como su padre, Domiciano que afectaba tomar á Minerva por divinidad protectora, alentó las letras y las artes: sus grandes trabajos suministraron ocupación á los artistas, y se sabe que dió á algún filósofo seiscientos mil sestercios para que se comprara una posesión á las puertas de Prusa. Para reemplazar las bibliotecas destruidas por los últimos incendios, hizo buscar libros por todas partes y copiar en Alejandría las obras perdidas. Poeta él también, llamaba á su lado á Estacio y á Marcial, sin que sus donativos les hicieran llegar á la fortuna que siempre mendigaron; merecía los elogios de Valerio Flaco, de Silio Itálico y de Quintiliano, á quien confió la educación de sus sobrinos, é instituyó en el Capitolio un certamen quinquenal de elocuencia, poesía y música, que se celebraba todavía en el siglo V (*agon Capitolinus*). Otro concurso se celebraba anualmente en su palacio de Alba. Juvenal compuso en su reinado su primera sátira, la séptima. Plinio el Antiguo acababa de morir; pero Tácito, á quien había nombrado quindécenviro y pretor (88), iba á escribir la *Vida de Agrícola* (4), y Plinio el Joven, que llegó también á la pretura el año 93, estaba en posesión de toda su fama.

(2) La paga era de 5 ases en tiempo de Polibio (VI, 39), ó de ocho teniendo en cuenta la reducción que dió al denario 16 ases en lugar de 10. César la dobló (Suetonio, *Ces.* 26). En tiempo de Domiciano fué de 13 1/2 ases = 1/8 de denario al día = 25 denarios mensuales, ó 300 anuales, en vez de 225.

(3) Cada legión tenía su caja de ahorros. Saturnino, de quien hablaremos más adelante, hubo de tomar por prenda este depósito para asegurarse la fidelidad de sus soldados.

(4) Después de su pretura, se alejó Tácito de Roma y estaba aún ausente el 93. ¿Fué á causa de destierro? Así se ha dicho, pero todo lo contradice. Borghesi juzga (VII, 322) que según el uso, Tácito, al salir de su pretura, recibió el mando de una legión ó el gobierno de una provincia imperial, probablemente la de Bélgica, donde su padre había sido procurador y donde acabó de recoger los materiales para su obra de *Moribus Germanie*.

Así pues, bajo este reinado, se encontraron los más notables poetas de segundo orden, un famoso prosador y un escritor de genio que meditaba ya sus temibles libros. También había jurisperitos célebres, como Palfurio y Armilato, á los cuales reprocha Juvenal multiplicar demasiado los derechos de regalía, y sobre todo, el jefe de la escuela proculeyana, Pegaso, á quien nombró prefecto de Roma, y el satírico tuvo que llamar «santísimo intérprete de las leyes» (1).

Gracias á estos graves personajes, que desde Augusto venían sucediéndose sin interrupción en los consejos del príncipe, la sociedad civil, á cubierto de las tempestades que agitaban la sociedad política, se organizaba de día en día de una manera conveniente. Así continuará mucho tiempo, y los peores reinados verán las más preciosas conquistas del espíritu de justicia.

No tenemos pormenores sobre la administración de Domiciano en las provincias. Algunas inscripciones atestiguan, sin embargo, que continuó los trabajos de su padre (2); y puede creerse que la autoridad se mostró allí equitativa y firme, cuando se leen estas palabras de un biógrafo, poco benévolo, por otra parte: «Supo contener tan bien á los magistrados de Roma y á los gobernadores de provincia, que jamás fueron más desinteresados ni justos» (3); ó cuando se recuerda que uno de los más activos delatores, Bebio Masa, acusado por los naturales de la Bética, representados en el foro por Seneción y Plinio el Joven, fué irremisiblemente condenado. Suetonio añade estas palabras que dan mucho en qué pensar: «A muchos de los que obligó á ser justos é íntegros los vimos, después de su muerte, acusados de toda clase de crímenes.» Lo que quiere decir que bajo la administración más dulce que reemplazó la suya, se indemnizaron de su forzado desinterés. Los emperadores más vituperados, sin contar locos como Calígula y Nerón, sino políticos como Tiberio y Domiciano, fueron terribles para la aristocracia, y cuando los peligros de su posición hubieron desenvuelto en ellos una crueldad natural en aquel pueblo cuyo placer más vivo era ver correr la sangre, hirieron sin piedad en torno de sí. Pero ya lo hemos dicho, la única cuestión para ochenta millones de hombres era indudablemente la conservación de la paz y del orden.

Después de haber representado la autoridad absoluta de los emperadores, añade el provincial Apiano: «Pronto hará doscientos años que subsiste este régimen, y en este espacio de tiempo se ha embellecido la ciudad por manera maravillosa, se han aumentado las rentas del imperio, y á beneficio de una paz constante, han llegado los pueblos al colmo de la prosperidad.» Ya vemos qué importancia daban los provinciales á las tragedias ocurridas en Roma. A lo más les parecían lecciones de igualdad dadas á gentes que no las comprendían y una especie de duelo entre los ricos de ayer y los que habrán de serlo mañana. Con el

(1) ...Optimus atque  
Interpres legum sanctissimus.

(Juvenal, Sat. IV, 78, 79.)

(2) El año 82 hizo reparar los caminos de Galacia, de Capadocia, de Ponto, de Pisidia, de Paflagonia, de Licaonia y Armenia Menor.

(3) Suetonio, Dom. 8. Domiciano fué acertado en la elección de los hombres. Hizo la fortuna de Tácito, de Plinio, del padre de Trajano, etc.; nombró cónsules á Nerva, Trajano, Verginio Rufo, Agrícola, al abuelo de Antonino; el padre de Tácito fué probablemente gobernador de la Bélgica, que Tácito administró del 90 al 92 (Borghesi VII, 199 y 321, etc.). Valerio Hómulo elogiaba el gobierno de Domiciano á Trajano, diciendo: «Era un príncipe detestable; pero sabía poner bien su confianza.» Y añadía: *Meliorum esse rem publicam et prope tutiorem in qua princeps malus est, ea in qua sunt amici principis mali.* (Lamp. Alex. Sev. 65).

fabulista á quien espantaban las *trompetas y los penachos*, sacaban del espectáculo de tan terribles vicisitudes esta moralidad: «El pueblo humilde siempre libra bien, pero los jefes sucumben (4). La delación quita lo que la misma delación había dado.» Horacio había ya cantado, cerca de Augusto, la *aurea mediocritas*, y Marcial la celebra también en tiempo de Domiciano: con príncipes que lo pueden dar todo, pero todo también tomarlo, este es siempre el voto de los prudentes.

Hubo muchas guerras en tiempo de Domiciano, defensivas todas, menos la expedición contra los catos, que no fué más que una gran medida de policía para alejar de la frontera á los merodeadores enemigos.

Según testimonio de Plinio el Joven y Tácito, estas guerras se parecieron á las de Calígula: las victorias de Domiciano no eran sino derrotas; sus cautivos, esclavos comprados, sus triunfos, audaces mentiras. Suetonio no es tan severo, y á buen seguro no habría dejado de serlo, cuando cuenta con tanta fruición las enojosas aventuras de Cayo á orillas del Rin y de la Mancha, si Domiciano hubiera renovado la ridícula comedia de Calígula procurándose provinciales de *estatura triunfal*. Pero Suetonio no escribía el *Panegírico de Trajano* ni la *Vida de Agrícola*, y no se cuidaba de eclipsar las glorias imperiales en favor de su príncipe, ni de abultar la fama de un teniente, dejando entrever los altos hechos que hubiera realizado, sin los envidiosos celos de su jefe. «Domiciano hizo muchas guerras, dice, unas que emprendió voluntariamente, otras que no podía evitar, como la expedición contra los sármatas, que habían destruido una legión, y las dos campañas contra los dacios para vengar otras dos derrotas de su ejército. Después de muchos combates mezclados de ventajas y reverses, celebró un doble triunfo ofreciendo una corona de laurel á Júpiter Capitolino.»

El imperio, por su propia seguridad, tenía que pesar de vez en cuando sobre los inquietos pueblos que bordeaban su doble frontera del Rin y del Danubio, y presentándose allí Domiciano no hacía más que seguir el ejemplo de sus más ilustres predecesores. Durante la sublevación de Civilis, los catos (Nassau, Hesse y parte de la Vestfalia) habían procurado tomar por sorpresa á Maguncia: Vespasiano no creyó oportuno vengar esta afrenta; pero Domiciano entendió, que después de dos emperadores que no habían salido de Roma, durante su reinado, era necesario que el tercero por su misma seguridad, se dejara ver en las legiones, y trocó sus largos ocios por expediciones sin peligro.

Así, pues, el 84, fué á ponerse á la cabeza del ejército del Rin, penetró en tierra de catos, que retrocedieron al interior de sus bosques, y á la vuelta tomó el sobrenombre de Germánico, que no merecía ciertamente por una expedición sin batallas ni conquistas. Con todo eso, un escritor militar que acaso hizo esta campaña, Frontino, habla de ella con elogio, y parece que se consiguió el objeto apetecido, pues en el Rin no se turbó la paz una sola vez, durante este reinado.

La elección de Trajano para el gobierno de la alta Germania prueba que Domiciano quería por esta parte sería vigilancia (5). El nuevo general á pesar de su natural belicoso, hubo de aplicarse á constituir una poderosa defen-

(4) Fedro. Fab. IV, 6.

(5) Según la opinión general desde Tillemont hasta Vergers' *Chron. du règne de Trajan*, fué Domiciano quien dió esta provincia á Trajano; según Mommsen (*Estudio sobre Plinio*), y Dierauer (*Gesch. Traj.* p. 15), no fué sino Nerva; pero su prueba más fuerte es una antítesis de Plinio que Burnouf mismo no ha podido tomar á la letra. Otro pasaje muestra que en los últimos años de Domiciano, ocupaba Trajano

siva, cubriendo el S. O. de Alemania con una línea de puestos fortificados, de terraplenes y trincheras, cuyos vestigios se encuentran aún por aquí y por allá con los nombres de *Muros del Diablo*, *Fosos de los Paganos*, etc., desde el Rin, bien por debajo de Maguncia, hasta el Danubio hacia Ratisbona. Druso, Tiberio y Germánico, habían comenzado un siglo antes estos trabajos, enfrente de Bonn y los habían llevado paralelamente al Rin al través del Westerwald, acaso hasta el Tauno, cuyas numerosas fuentes termales atrajeron desde luego á los romanos.

El valle del alto Danubio, antes poblado de celtas, fué germanizado por los teutones y los suevos. Pero después de la derrota de Ariovisto y la retirada de los marcomanos á Bohemia, sobre todo cuando Augusto hubo tomado posesión de la orilla derecha del Danubio y cubierto de campamentos y colonias la izquierda del Rin, aquel rincón de la Germania, que rodea el Rin, y donde el Danubio tiene sus fuentes, no era ya para que lo conservaran los bárbaros. Multitud de galos habían vuelto á aquellas tierras abandonadas, y á cambio de la protección romana pagaban el diezmo de sus cosechas (*agri decumatas*). Para defender sus cultivos y un territorio que hubiera abierto á los germanos la Galia y la Helvecia se continuaron hacia el Danubio los trabajos comenzados en el Rin inferior.

Muchos príncipes hasta Probo hubieron de ocuparse en esto, sin que sea posible determinar la parte que á cada uno pertenecía. Domiciano dió á la obra gran impulso, pues, según Frontino, hizo construir una línea de defensa de 120 millas de longitud. Durante la insurrección de un legado, de que hablaremos en sazón, habían penetrado los germanos hasta el Rin y amenazado á la Galia, y sin duda Trajano fué encargado de prevenir el peligro.

Se difiere sobre el trazado que salvando el Tauno y el Alp de Suabia, parece haber envuelto el valle inferior del Mein, donde se encuentra la gran vía para penetrar en el corazón de Alemania y toda la cuenca del Neckar. Al amparo de estas defensas que rechazaron á los germanos hacia el centro de su país, la población creció en las *tierras decumatas*, y tuvo su centro religioso y político en los *Altars Flavios* (Rothweil del Neckar), donde adoraba la divinidad de Roma y de los emperadores. Era como una nueva provincia, que se formaba á costa de la barbarie fuertemente contenida, como se forma un nuevo territorio contenido con diques las aguas sueltas.

En el interior de la Germania establecía Domiciano útiles alianzas, sin comprometer sus ejércitos: enviaba dinero á un caudillo de los queruscos, pero rehusaba sostenerlo militarmente; decidía al rey de los semnones á pasar á Roma, con la doncella Ganna, que había reemplazado á Veleda, como profetisa de los germanos, y los dos personajes volvían á su país colmados de presentes y con una idea del poderío romano, que valía más para la tranquilidad de las fronteras que una victoria de las legiones.

La misma política se siguió en Bretaña y los mismos trabajos se ejecutaron. Desde los grandes golpes dados por Plaucio en tiempo de Claudio, y por Suetonio Paulino bajo el poder de Nerón, la guerra se había acabado allí, ó poco menos, y la civilización había comenzado su obra. Ya vimos en otro lugar cuán rápidamente se había extendido en la isla la vida romana, el comercio, la usura: Vespasiano, que se había distinguido en las primeras campañas de la conquista, quiso acabar la empresa de Claudio y envió

un puesto eminente, *omnibus excelsior* (Pan. 94); y si este nombramiento se hubiera debido á Nerva, no hubiera dejado Plinio de sacar algún efecto oratorio de una elección tan previsora.

sucesivamente á Bretaña tres hábiles generales; primero á Cerialis y á Frontino, que al Norte y al Sudoeste domaron á los brigantes y á los siluros, dos pueblos temibles; después, el año 78, á Agrícola, que sujetó á los ordovices en el centro del país de Gales, y la isla de Mona. Toda la Bretaña quedó entonces conquistada y quieta hasta los Highlandos de Escocia. Agrícola se aproximó á estas montañas, pero se detuvo en el istmo, de 30 millas de ancho, que se extiende entre los dos mares, desde el golfo de la Clide al del Forth, y cubrió este espacio de fuertes, unidos entre sí por una serie de trincheras, de modo que la provincia quedara á buen recaudo contra las incursiones de los montañeses.

Estos, sin embargo, vinieron audazmente á atacar estas posiciones; pero Agrícola los venció al pie de los montes Grampianos, á pesar del valor de su caudillo Galgac, en cuya boca pone Tácito una arenga que ningún romano oyó, ni hubiera podido comprender ningún latino.

Después de esta victoria, volvieron las legiones á su línea de defensa; mientras la flota fué á reconocer la punta septentrional de la isla, acaso las Orcades y acaso las Setlandas.

Tácito pretende que Domiciano se inquietó ante la gloria de Agrícola. Pero no se podía ganar una fama muy ruidosa en unos combates casi sin peligro contra pueblos poco numerosos, mal armados y tan pobres, que en sus despojos no encontraba el vencedor un trofeo digno de poner á la vista del pueblo romano. Capitán metódico y pausado, Agrícola no tenía las grandes cualidades que hacen á los generales temibles para un gobierno suspicaz; luego, hombre de bien y buen ciudadano, sometido á la ley y al príncipe, no podía inspirar desconfianza ni hacer sombra á quien no temió dar el consulado y su mejor ejército á Trajano.

La fama de Agrícola está pues exagerada: ni conquistó ni civilizó la Bretaña, como su yerno lo da á entender; pero llenó cumplidamente con dos victorias y trabajos útiles un gobierno cuya duración excedió la de los mandos ordinarios: siete años (34). Tácito se ve obligado á decir que Domiciano propuso en el senado su relevo «con grandes elogios y haciendo que le otorgaran las insignias del triunfo, una estatua coronada de laurel y los demás honores requeridos para esta antigua ceremonia.» Pero tiene buen cuidado de añadir que Agrícola entró modestamente en Roma, de noche, sin aparato ni ostentación, y que el príncipe lo recibió fríamente, bien que ofreciéndole el gobierno de Siria; en fin que Agrícola tuvo la discreción de no aceptar lo que se deseaba que rehusara. El tirano suspicaz y el gran general en desgracia forman entonces uno de esos cuadros sombríos en que Tácito sobresale; pero pensando en los brillantes honores concedidos á su suegro y en el favor de que goza él mismo al lado del príncipe, bien puede sospecharse que era útil aparecer bajo el reinado de Nerva como una víctima de su predecesor.

Agrícola vivió nueve años todavía (1) «sin buscar con vana ostentación la fama y acaso un destino fatal. Aprendan con este ejemplo los admiradores de toda palabra imponente, de todo acto audaz y culpable, que aun con un mal príncipe puede haber grandes ciudadanos, y que la moderación y la obediencia, si se añaden el talento y la firmeza, dan más gloria que esas muertes ambiciosas sin

(1) Cuando murió, se habló de envenenamiento. «No hemos tenido, dice Tácito, ninguna prueba que nos autorice á afirmarlo.» Esta reserva del historiador es un descargo para Domiciano.